

Richard Ford

# Francamente, Frank

Traducción de Benito Gómez Ibáñez



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Título de la edición original:*  
Let Me Be Frank With You  
Ecco  
Nueva York, 2014

*Ilustración:* foto © Rob Lybeck (rblybeck@gmail.com)

*Primera edición: noviembre 2015*  
*Primera edición impresa en Argentina: diciembre 2015*

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A  
© De la traducción, Benito Gómez Ibáñez, 2015  
© Richard Ford, 2014  
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2015  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7938-4  
Depósito Legal: B. 23547-2015

La presente edición ha sido realizada  
por convenio con Riverside Agency, S.A.C.

Impreso en Argentina

Printing Books - Buenos Aires

*Kristina*



Aquí estoy yo



Extrañas fragancias lleva en la costa el agitado aire invernal esta mañana, dos semanas antes de Navidad. Balsámicos vapores en un mar sombrío causan expectación en los incautos.

Es, no hay duda, el aroma a reparación y rehabilitación de viviendas a gran escala. Madera recién aserrada, PVC blanco y limpio, el tufillo a lejía del Sakrete, el picor de la silicona, el efluvio dulzón de la tela asfáltica y el alcohol desnaturalizado. La almidonada esencia del Tyvek mezclada con la urdimbre sulfurosa del mar y el hedor proveniente de la bahía de Barnegat. Es el aire del desastre en toda regla. En mi nariz –experta en esas cosas en otro tiempo– nada huele a ruina de forma tan fragante como los primeros intentos de rescate.

Lo noto primero en el semáforo rojo de Hooper Avenue, y luego cuando lleno el depósito de mi Sonata en la Hess, antes de dirigirme al puente hacia Toms River y Sea-Clift. Aquí, entre los intensos olores de la gasolinera, una brisa invernal me agita el pelo mientras los dólares se me van como en una tragaperras bajo las crecientes nubes de diciembre. La brisa ha puesto en movimiento los plateados molinillos

de Bed Bath & Beyond, el almacén de artículos para el hogar que anuncia su Grandiosa Reapertura en el parque comercial de Ocean County («Sólo un colchón nuevo podrá tumbarnos»). A lo largo de su kilométrico aparcamiento, con una décima parte ocupada a las diez de la mañana, el Home Depot —un remedo del Kremlin, pero con un enigmático aspecto de «soy tu amigo a pesar de todo»— ha abierto sus puertas temprano y de par en par. Sale un reguero de clientes que, con paso incierto, llevan en equilibrio cajas de nuevos inodoros, nuevas placas base, nuevos circuitos de cableado, bisagras retractiladas, puertas de alma hueca, toda una escalinata de entrada tambaleándose sobre un gigantesco carrito de la compra. Todo de camino a algún domicilio que aún sigue en pie tras la zarabanda del huracán: hace ya seis semanas, pero aún presente en la memoria. Todos continúan perplejos: amargados, deprimidos, dolidos pero resueltos. Decididos a «renacer de las cenizas».

Aquí, debajo de la marquesina de la Hess, han puesto muy alto un programa radiofónico deportivo para los clientes, el *Pat 'n' Mike Show* de la Magic 107 de Trenton. Una vez me conté entre sus fieles seguidores. Ya son viejos. Una voz retumbante —es Mike— declara:

—Vaya, Patrick. El entrenador Benziwicki ha soltado todo un bombardeo de PALABROTAS, ya te digo. Como en *Treinta segundos sobre Tokio* pero más a lo bestia.

—Vamos a oírlo otra vez —dice Pat por un altavoz instalado en las profundidades del surtidor—. Totalmente increíble. *To*-talmente. ¡Eso lo ha dicho en la *ESPN!*

Otra voz áspera, agotada, grabada —la del entrenador B—, empieza, furiosa:

—Vale. Permitidme que os diga sólo una PUÑETERA cosa, MAL LLAMADOS periodistas deportivos. ¿Vale, CAPULLOS? Cuando seáis capaces de entrenar a un MALDITO

equipo de colegialas de nueve años, entonces *podré* teneros una pizca de PUÑETERO respeto. Hasta entonces, CAPULLOS, podéis iros a TOMAR VIENTO desde ahora mismo hasta la PUÑETERA comida del domingo con billete de ida y vuelta. Ya lo habéis oído.»

Vestido de blanco, con la mirada ausente, el joven empleado de la Hess que me está echando gasolina no oye nada. Me mira como si yo no estuviera allí.

—Eso más o menos lo dice todo, supongo —reconoce Mike.

—Y *de sobra* —conviene Pat—. Deja las llaves en la mesa, Entrenador. Estás acabado. Coge el PUÑETERO *bus* y vuélvete al MALDITO Chillicothe.

—Increíble, PUÑETA.

—Oye, vamos a hacer una pausa, CAPULLO.

—¿Yo? CAPULLO lo serás tú. Ja-ja-ja. Ja-ja-ja-ja.

En las últimas semanas, he empezado a recopilar un inventario personal de palabras que, bajo mi punto de vista, no deberían seguir empleándose en el lenguaje hablado... ni de *ninguna* otra forma. Y ello en el convencimiento de que la vida se reduce a una sustracción gradual, tendente a una esencia más sólida, más cercana a la perfección, después de la cual desaparece toda ideación y nosotros nos dirigimos a nuestro particular Chillicothe virtual. Una reserva de menos y mejores palabras podría servir de ayuda, creo yo, estableciendo un modelo para pensar más claramente. No es tan distinto de quien se va a vivir a Praga sin saber el idioma, y para hacerse entender acaba hablando un inglés que conlleva la especial responsabilidad de sonar claro, conciso y lleno de sentido. De todos modos, cuando uno se hace viejo, como yo, se encuentra inmerso en las acumulaciones de la vida.

Que, en realidad, salvo en el aspecto médico, no se materializan. Mejor ir reduciendo cosas. Y por dónde empezar mejor que por las *palabras* que elegimos para expresar nuestros pensamientos, cada vez más infrecuentes, cada vez más erráticos. Podrá resultar difícil, pongamos por caso, que quien tenga el checo de lengua materna aprecie plenamente las palabras «plasta» o «joroba», o la frase «Estamos en estado interesante» o «¿Dónde está el intríngulis?». O bien, ya que estamos, «respetable» cuando sólo significa «considerable». O «sietemesino», «bisoño» o «legado». O «sin problema» cuando en realidad se quiere decir «de nada». Igual que «aterrijaje suave», «implicación emocional», «hidratarse» (cuando sólo significa «beber»), «hacer arte», «compartir», «tender la mano», «barullo» cuando significa ruido, y... a propósito de la Magic Uno-Cero-Siete: «Bombardeo de palabrotas.» En mi opinión, «cabrón» y «joder», con todos sus derivados, son términos que siguen siendo perfectamente válidos, con claros y distintos matices en su ya rica historia. El lenguaje imita el desorden público, dijo el poeta. ¿Y qué *parece* la vida de nuestro tiempo, sino un desorden?

Ayer, nada más dar las ocho, una llamada inesperada me fastidió la mañana. Contestó mi mujer, Sally, pero me obligó a levantarme de la cama para hablar. Había estado en duermevela entre la completa oscuridad y la primera luz del día, fantaseando sobre la posibilidad de que en alguna parte, de algún modo, se estuviera fraguando algo bueno que me haría feliz, sin que yo me hubiese enterado todavía. Desde que dejé de vender casas (al cabo de unas décadas), echo profundamente de menos las expectativas de esa clase. Aunque es lo único, teniendo en cuenta cómo ha ido la

cuestión inmobiliaria y todo lo que me ha pasado. Estoy contento aquí, en Haddam, con sesenta y ocho años, disfrutando del Siguiete Nivel de la vida, el último, previsiblemente: integrante de esa parte de la población que ya ha limpiado su escritorio, libre para hacer el bien en estado puro en el mundo, si así lo decidiera. Con ese espíritu, viajo una vez a la semana al aeropuerto Liberty de Newark con un grupo de veteranos, para dar la bienvenida a los soldados que, cansados y perplejos, vuelven a casa de Irak y Afganistán después de su periodo de servicio. No lo considero en realidad un «compromiso» ni un auténtico «corresponder», porque no resulta muy incómodo estar allí de pie, sonriendo, alargando la mano, alzando la voz para decir: «¡Bienvenido a casa, soldado (o marinero o aviador)! ¡Gracias por su servicio!» Es más un gesto para la galería que una declaración seria, y está encaminado sobre todo a demostrar que *nosotros* seguimos siendo importantes, con lo que al mismo tiempo garantizamos que no lo somos. En cualquier caso, mis sensores particulares están alerta para otras cosas positivas que pueda hacer en la recta final de mis días..., también conocida como «jubilación».

—¿Frank? Soy Arnie Urquhart —restalló ásperamente por el teléfono una voz masculina, muy fuerte, entre un lejano y aparatoso ruido de tráfico. Se oía música en segundo plano: Peter, Paul & Mary cantando el «Lemon Tree» del remoto 1965. «Le-mun tree, ve-ry pritty / and the lemun flower is sweet...» Desde donde estaba, en pijama, observando por la ventana que daba a la calle al empleado de la Elizabethtown Water, que subía a la acera para leer el contador del agua, mi memoria dio un salto hacia el rostro de la ultrasensual *Mary*, con su boca cruel, primitiva, el pelo rubio escalado, la voz de contralto prometiendo un coito sin tonterías por el que uno renunciaría a toda su dignidad,